

—¡Cosa más singular! . . .

Y mirando à Jacobo à lo lejos aumentóse su curiosidad, al ver que aparecía Butrón por detrás de la cortina del palco del Veloz, hacía una seña, y llevábaselo consigo, siguiéndoles à los dos, sin que ninguno le llamase, el cínico Diógenes. . . . Al terminar el acto, Butrón triunfante y satisfecho, entraba otra vez con Jacobo en el palco de Currita, y empujándole hácia la dama con aire de papá bonachón que satisface un capricho de la niña, cogió con una de las suyas las dos manos que ella y él se estrechaban al saludarse, murmurando con sentenciosa indulgencia, aquellas palabras de Shakespeare:

—*Old, old history!* . . .

Hecho esto, el espejo de caballeros, según Pedro López, el integérrimo diplomático, el sesudo político, el anciano venerable y fervoroso que tenía ya un pié en el sepulcro, miró el reloj, enarcó las cejas, y despidióse apresuradamente. Eran ya las once, y estaba citado à las once y cuarto con el Cardenal Arzobispo de Toledo: tratábase de un atentado de la canalla gubernamental republicana contra la Iglesia, y deseaba representar en aquel conflicto el papel de Constantino.

Ensanchósele el corazón al tío Frasquito, creyendo llegada la hora de averiguar algo, y aguzó las orejas y aprestó la lengua, para sorprender con habilidad à Jacobo y à Currita. Mas de repente, una mano aleve cogió el meditado lazo de su corbata blanca, y dándole

una rápida vuelta, vino à ponérselo sobre la nuca. Volvióse indignado y sorprendido, y vió inclinada sobre la suya la gran cabezota de Diógenes, que sonriendo y babeando, le decía amorosamente:

—¡Francesca mía! . . . —¡Si soy yo Paolo! . . .

Verde de ira y amarilla de miedo púsose Francesca, cual si viese asomado por detrás de Paolo la sombra siniestra de Gianciotto, y gruñó entre dientes:

—¡Qué cosas tienes! . . . —De verras que erres pesado . . .

Y despidiéndose atropelladamente por temor de alguna más grave demasia, fuese à componer la corbata en el espejo del antepalco, dejando vacío su asiento, que era lo que buscaba Diógenes. Ocupólo éste entonces con la mayor frescura, y dando una gran palmada en el muslo à Villamelón, dijole tal atrocidad relativa à su entripado, que Jacobo y Leopoldina se miraron espontáneamente como quien dice:—¡Animal!—Currita muy enfadada dijo:—¡Jesús, hombre, qué cosas tienes! . . . —¡Eres *shokin, shokin*, de veras!—y Fernandito, con resignada sonrisa, contestó:

—El *vol au-ven* de codornices. . . . Siempre se me indigesta.

—¿Sabes? . . .

—¡Pues ya lo creo que lo sé, polaina! . . . Por esto tomo yo siempre *vol au-ven* de sopa de ajo,—replicó Diógenes.

Y cediendo à su instinto natural de desvergonzada capigorronearía añadió:

—Oye...—¿y quién me lleva á mi luego en su coche, tú ó Jacobo?

—Lo que es yo no te llevo,—replicó vivamente éste. Me voy ahora mismo.

—Ni yo tampoco,—añadió al punto Currita. Fernandito no se siente bien, y no hemos de andar por ahí dando vueltas.

—Pero mujer,—si te coje al paso..... Me dejas en la calle de Alcalá, en la chocolatería de doña Mariquita..... Por nada del mundo pierdo yo mi gran jicara con su par de *mojicones* ...

—Son sabrosos,— opinó Villamelón.

—¡Qué delicia!—dijo Currita. Si te los dieran todas las noches en los dientes, no tendrías la lengua tan larga.

—¡Polaina!..... Si te los dieran á tí donde yo me sé, no darías motivo para que te alcanzasen las lenguas.

Currita se mordió los labios comprendiendo que era imposible la lucha con aquel café, que parecía complacerse en poner de relieve con sus crudezas, las vergonzosas condescendencias del mundo, y Jacobo se desprendió afectuosamente al comenzar el acto, con un ambiguo *hasta luego*, que dejó á Currita muy complacida. A la mitad del acto, cuando Dinorah recobra la razón y quiere recordar la bellísima plegaria *¡Sancta María!* entre sublimes vacilaciones de la orquesta, que parecen revelar los esfuerzos mentales de la pobre loca, envolvióse Currita en su soberbio abrigo de terciopelo granate forrado de pieles blan-

cas, y aceptando en señal de reconciliación el brazo de Diógenes, salió del palco escoltada por Villamelón y Leopoldina, gozoso él por irse á dormir su indigestión, furiosa ella por marcharse sin oír el coro final de la romería.

El *foyer* estaba aun desierto, y los lacayos, zambullendo las encarnadas narices en sus inmensos cuellos de pieles, comenzaban á asomar ya para avisar á los señores la llegada de los coches. Antojósele entónces á Currita sentarse en un diván, para esperar la salida de la gente. Angustióse Villamelón:

—¡Pero hija mia, por Dios!...—¡Si esto está helado, Curra!

Y se liaba á toda prisa al pescuezo un gran *foulard* finísimo, y levantábase el cuello del gabán á la altura de las orejas.....

—Te digo que vale más volver al palco, si...

Un estornudo formidable le cortó la palabra y le acrecentó la angustia.

—¿Lo ves?...¿Lo ves?... Ya pillé un constipado...Fortuna tengo hoy...¿Sabes?...¡Ya tengo para una semana!

La gente comenzó á desfilarse por delante de Leopoldina y la Albornoz, que dejando estornudar á Fernandito, y sin perder de vista su negocio, saludaban á diestro y siniestro á los innumerables conocidos que iban pasando. De pronto, Leopoldina tiró suavemente del vestido á Currita, diciéndole muy bajo:

—Mirala...—¡Esa es!.....

No vió nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante arrastrando por debajo de los amplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigo capuchón una corva nariz caída y afilada, luciendo tan sólo la joven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco Albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana que esta pudo oír y no pudo entender:—Ahí la tienes,—pareció caer entónces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío, precedidos de un *groom* monísimo que apenas contaría doce años.

—¿Pero hija, arrancaremos al fin?—decía Villamelón mientras tanto. Diógenes, dale tú el brazo....¡Buen constipado he pillado!.... ¿Qué haces tú cuando te constipas, Diógenes?.....

—¿Yo!...—Estornudar.

II.

El respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba á largas zancadas el aposento, llamando á su mujer, según su costumbre, unas veces *Geno*, otras *Veva*, nunca por completo *Genoveva*, y prodigándola con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás; que no sabiendo sino rezar el *Pater noster*, quería darle lecciones á él, Pirro en el ingenio. Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipion en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles á los que sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión á muchos de los prototipos